

TRINIDAD GAN: *Una fuga del final feliz*. XX Premio de Poesía “Cáceres. Patrimonio de la Humanidad” (2007), Excmo. Ayuntamiento de Cáceres

---

Hace más de un año, cuando este libro soñaba con llegar se un libro, Trinidad Gan tuvo la amabilidad de dejármelo leber; pensaba, humilde ella, que quizá yo pudiera ayudarle en alguna idea, sugerirle la corrección de algún verso o proponer el título de algún poema anónimo. En realidad, lo único que el libro necesitaba era salir corriendo para una imprenta, así que yo pude ayudarle poco, y a lo que más llegué fue a incitarla para que no dejara de enviarlo a cuantos premios encontrara:

— Pero, es que muchos están dados de antemano, —decía Trini—.

— Claro, pero hay otros que no, —decía yo—.

— ¿Y cómo sabré diferenciar?, —decía Trini—.

— No hay manera de saberlo, —decía yo—.

Luego, una mañana, me llamó Trini para anunciarme la buena nueva, y yo me alegré profundamente de haber mantenido aquella conversación circular de besugos.

Ahora quisiera exponer brevemente algunas de las anotaciones que esta relectura me ha sugerido.

Lo primero que cabe decir sobre *Fin de fuga* es que en sus páginas encontramos una profunda reflexión sobre el hecho amoroso en todas sus dimensiones (sí, incluso en esa que ustedes están pensando ahora mismo). A ningún lector medianamente curtido se le escapará que estos poemas guardan un buen trozo de la verdad sentimental de su autora.

*Fin de fuga* es un libro lineal, compuesto por seis apartados, donde el anterior engarza con el siguiente de manera lógica y casi podríamos decir que narrativa. El primero de estos eslabones lleva por título “Naufragios” y es la parte más decididamente trágica del libro, donde la derrota y las heridas que éstas producen

supuran abiertas en espera de nada, porque saben de la inutilidad de la espera en cuestiones de amor. He aquí lo dramático del asunto.

Al terminar la lectura de “naufragios” recordé el ya famoso verso: “Solo el amor es duro” e imaginé que también Trini lo tuvo presente. De entre mis preferidos el titulado “Tenebrae”, que espero luego tengamos ocasión de escuchar.

La segunda parte lleva por nombre “Selvas y noches”. La selva se presenta aquí como metáfora de la densidad, de lo inhóspito, aquel territorio emocional que puede devorarte; por el contrario, la noche está libre de cualquier connotación metafórica; y simplemente funciona con el conjunto de horas durante las que el sol permanece ausente. Ése es uno de los aspectos más llamativos de este libro, porque haber igualado la noche y el sufrimiento en un sencillo juego conceptual hubiera sido un tremendo error. Trini lo sabía y por eso deja que la noche sea lo que es, la región natural para el amor, el desvelo y el sueño.

No tanto en la sonoridad del verso, pero sí en el abatimiento nocturno y en la defensa ética de la dura realidad, recuerdan estos poemas a Joan Margarit. Para intentar demostrarle leeré “La extranjera”.

El último poema de “selvas y noche” termina diciendo: “Con restos de tu sombra entre mis dedos / y cierta del olvido que me ronda”. En este momento hay un juego muy bonito, una suerte de anadiplosis que nos introduce en la siguiente estación de la fuga, la denominada “Ronda de olvidos”, donde el antiguo dolor de los naufragios se va solidificando y empieza a tomar distancia con poemas como “Irreverencias” o “Delitos y faltas” para mi gusto de los mejores del libro.

“Oráculos” es el próximo paso de la fuga y funciona como índice temático del resto del libro. Con esto quiero decir que todos los temas recurrentes en la poesía de Trini se muestran aquí comprimidos, de forma breve, con una contundencia casi sentenciosa. Ya los títulos dan noticia de este resumen de conceptos: De soledad, De olvido, De memoria, De palabras, De piel y De amor. Todos los temas que anteriormente había tratado en conjunto ahora se muestra individualizados.

En este punto llega uno de los más hermosos pasajes del libro, el apartado titulado “Los centinelas”. Los centinelas son aquellos personajes que ayudaron a la poeta a vigilar las noches, la cordura y el amor. Las personas que cuidan de que uno nunca toque el fondo definitivamente, bien por filiación personal o bien por intelectual; así estos poemas de corte elegíaco interpelann a Javier Egea o al propio padre de la poeta, entre otros.

La presencia de “Los centinelas” en el penúltimo escalón de la fuga está perfectamente justificada porque nadie puede huir de manera definitiva sin la ayuda de los camaradas, sin el consuelo de ese amigo que pide otra ronda, aunque sea muy tarde para él, sólo porque sabe que tú no quieres volver a casa.

Y en estas condiciones de renovación llegamos al último capítulo, “las contrafugas”, donde todo se dilucida y por fin sabemos en qué acaba esta aventura sentimental que comenzó en un naufragio y que tiene su última ola en estos cinco poemas finales. Pero claro, si quieren ustedes saber qué ocurre, tendrían que comprar el libro porque yo no hablo en público de los secretos de mis amigos.